



CARTA I



Para la señora Saville, Inglaterra

San Petersburgo, 11 de diciembre de 17...

Te alegrará saber que no ha habido contratiempos de ninguna clase al principio de la aventura para la que vaticinabas tantas desgracias. Llegué aquí ayer y lo primero que hago es confirmarle a mi querida hermana que estoy bien y sentir cada vez más confianza en el éxito de mi hazaña.

Ya estoy muy al norte de Londres; y, mientras camino por las calles de San Petersburgo, noto una fría brisa del norte que me roza las mejillas, me tonifica y me llena de gozo. ¿Comprendes la sensación? Esta brisa, que ha viajado desde las regiones a las que me dirijo, sirve de preludio del clima gélido que encontraré allí. Inspirado por este viento prometedor, mis ensoñaciones se vuelven más vívidas y fervientes. En vano tratan de convencerme de que el polo es la sede del hielo y la desolación; en mi imaginación se presenta como la región de la belleza y el deleite por antonomasia. Allí, Margaret, se ve el sol en todo momento; su amplio disco roza apenas el horizonte y difunde un esplendor perpetuo. Allí —pues con tu permiso, hermana mía, confiaré en los navegantes que me precedieron—, allí la nieve y la escarcha desaparecen; y, navegando por un mar en calma, tal vez lleguemos a una tierra que supera en maravilla y belleza a cualquier otra región descubierta en la parte habitable del globo. Sus características y estampas no tienen parangón, pues los fenómenos de los cuerpos celestes sin duda ocurren en esos parajes solitarios e ignotos. ¿Qué no se puede esperar

en un país de luz eterna? Tal vez conozca allí el asombroso poder que atrae la aguja y pueda regular un millar de observaciones celestiales que solo requieren de este periplo para constatar que sus aparentes excentricidades tienen una lógica impercedera. Satisficé mi ardiente curiosidad al ver una parte del mundo que nadie ha visitado antes y tal vez pise una tierra que jamás ha tenido la huella del hombre. Esos son mis incentivos y son suficientes para superar todo miedo al peligro o a la muerte, y para inducirme a emprender este peligroso viaje con la ilusión con la que un niño se monta en un barquito, con sus compañeros estivales, y se aventura a descubrir el río de su localidad. Pero, aun suponiendo que todas estas conjeturas sean falsas, no puedes negar el inestimable bien que haré a toda la humanidad hasta la última generación al descubrir un paso cerca del polo que lleve a esos países a los que, hasta ahora, solo puede accederse mediante una travesía de muchos meses; o al desvelar el secreto del imán, algo que, si es posible, solo puede lograrse con una hazaña como la que me dispongo a emprender.

Estas reflexiones han disipado la agitación con la que empecé la carta y ahora noto cómo mi corazón irradia un entusiasmo que me eleva a los cielos; porque nada contribuye a tranquilizar mi mente más que el tener un propósito definido..., un punto en el que el alma pueda fijar el ojo del intelecto. Esta expedición ha sido el sueño favorito de mi juventud. He leído con fervor los relatos de los distintos viajes que se han realizado con la esperanza de llegar al Pacífico Norte a través de los mares que rodean el polo. Es posible que recuerdes que la biblioteca de nuestro buen tío Thomas estaba formada en su totalidad por la historia de todos los viajes hechos con afán de descubrimiento. Nunca fui buen estudiante, pero sentía verdadera pasión por la lectura. Esos libros fueron lo que estudié día y noche, y, al familiarizarme con ellos, se avivó la pena que había sentido de niño al enterarme de que la última voluntad de mi padre antes de morir había sido prohibir a mi tío que me dejara dedicar mi vida a surcar los mares.

Dichas visiones se disiparon cuando leí atentamente por primera vez a los poetas cuyos efusivos versos hacían levitar mi alma y elevarla al cielo. También yo me convertí en poeta, y durante un año viví en un Paraíso que yo mismo creé; fantaseaba con poder hallar un lugar en el templo en el que están consagrados los nombres de Homero y Shakespeare. Más de una vez ha visto mis fracasos y lo que me cuesta encajar las decepciones. Pero justo en esa época había heredado la fortuna de mi primo y mis pensamientos habían regresado al canal de mi juventud.

Seis años han transcurrido desde que decidí emprender esta hazaña. Incluso ahora recuerdo el momento desde el cual me dediqué en cuerpo y alma a esta gran empresa. Empecé por habituarme a los esfuerzos físicos. Acompañé a los cazadores de ballenas en diversas expediciones por el mar del Norte; por propia voluntad, soporté el frío, el hambre, la sed y la falta de sueño; a menudo trabajaba con más ahínco que los marineros experimentados durante el día y dedicaba las noches al estudio de las matemáticas, la teoría de la medicina y las ramas de la física que pueden aportar más ventajas a un aventurero naval. En dos ocasiones incluso me enrolé como suboficial en un ballenero de Groenlandia y mi desempeño provocó admiración. Reconozco que me sentí algo orgulloso cuando mi capitán me ofreció el segundo puesto al mando del navío y me propuso muy en serio que me quedase a bordo; hasta ese punto consideraba valiosos mis servicios.

En fin, querida Margaret, ¿acaso no merezco cumplir un gran propósito? Podría haber llevado una vida fácil y lujosa; pero preferí la gloria a cualquier incentivo que la riqueza pusiera en mi camino. ¡Ay, que alguna voz alentadora me conteste para decir que sí! Mi valor y mi resolución son firmes; pero mis esperanzas fluctúan y me deprimó con frecuencia. Me dispongo a emprender un viaje largo y complicado, cuyas emergencias exigirán toda mi fortaleza: no solo tendré que levantar el ánimo de otras personas sino a veces saber conservar el mío cuando el de los demás decaiga.

Es la mejor época para viajar por Rusia. La gente se desplaza rápido por la nieve en trineo; el movimiento es agradable y, en mi opinión, mucho más placentero que el de un carruaje inglés. El frío no resulta excesivo si vas bien cubierto de pieles, un atuendo que ya he adoptado; pues hay una gran diferencia entre caminar por la cubierta y quedarse allí sentado e inmóvil durante horas, cuando no hay ejercicio alguno que impida que la sangre se congele del todo en las venas. No aspiro a perder la vida en la carretera entre San Petersburgo y Arcángel.

Partiré rumbo a esta última ciudad dentro de dos o tres semanas; y mi intención es alquilar allí un barco, algo que es fácil de hacer si se paga el seguro al dueño, y enrolar a tantos marineros como crea necesarios de los que estén acostumbrados a cazar ballenas. No tengo previsto zarpar hasta el mes de junio: y ¿cuándo regresaré? Ay, querida hermana, ¿cómo responder a esta pregunta? Si lo consigo, muchos, muchos meses, tal vez años, pueden transcurrir hasta que tú y yo volvamos a encontrarnos. Si fracaso, volverás a verme pronto, o nunca.

Adiós, mi querida y excelente Margaret. Que el cielo te colme de bendiciones y me mantenga a salvo, para que pueda volver a expresar una y mil veces mi gratitud por todo tu amor y amabilidad.

Con afecto de tu hermano,

R. WALTON